

Jesucristo, como Dios le ha prometido... Un diálogo serio con un luterano que tome la posición de Lutero debe, pues, versar sobre estas dos proposiciones" (p. 231). El concepto de justicia, no intrínseca, sino meramente imputada, su tesis de la "sola fides", son totalmente incompatibles con la fe católica que Lutero "conocía, entendía y rechazaba... El acuerdo con él sobre este punto fundamental no sería posible sino dándole la razón" (p. 239).

El movimiento ecuménico es fruto del soplido del Espíritu Santo que alienta un sincero deseo de unidad. Pero "tanto se debe evitar declarar opuesto lo que se puede conciliar como decir equivalente lo que es contradictorio" (p. 239).

Sorprende a lo largo del estudio la convicción profunda que tienen las afirmaciones del A. Está animado de la urgencia de esclarecer las bases para un ecumenismo verdaderamente constructivo. Este sólo sería posible "en la luz y la caridad". Contra la tentación de irenismos fáciles, el autor defiende con la fuerza de un análisis directo de la obra de Lutero, que en el tema de la justificación difiere sustancialmente de la fe católica. Y esto no se puede olvidar en un afán ecuménico rectamente entendido.

TEODORO LÓPEZ

Ricardo GARCÍA-VILLOSLADA, *Martin Lutero*, I, "El fraile hambriento de Dios", VIII+582 págs.; II, "En lucha contra Roma", VIII+587 págs., BAC, Madrid 1973.

"¿Es posible una biografía satisfactoria del padre de la Reforma?", se pregunta el P. García-Villoslada en las primeras páginas de su obra sobre Lutero, recientemente publicada y que constituye el objeto de esta reseña. García-Villoslada evoca con estas palabras la afirmación de Enrique Boehmer de que antes del año 2017, quinto centenario de las tesis contra las indulgencias, no podría surgir el historiador capaz de llevar a feliz término tamaña empresa y que, aun entonces, para que así ocurriera, sería preciso que apareciese un genio. Este juicio tiene un acento marcadamente hiperbólico y no ha de ser tomado, por tanto, al pie de la letra. Pero vale, sin duda, para dar idea de la formidable dificultad que encierra el enjuiciar cabalmente la complejísima personalidad de Martín Lutero y el hacer la verdadera historia de la inmensa y perdurable escisión religiosa que provocó en el seno de la Iglesia y de la Europa cristiana.

Las dificultades para historiar la persona y la obra del autor del Protestantismo, provienen tanto de la naturaleza del objeto en sí, como de la amplitud de las fuentes que es preciso utilizar y con las que el investigador necesita estar plenamente familiarizado. Todavía hay que agregar el volumen oceánico de la bibliografía, que comprende decenas de millares de trabajos y sigue estando siempre en trance de incesante expansión. Es comprensible, pues, que haya quien se pregunte si una vida humana puede ser suficiente para abarcar un tema de tan inmensas proporciones como el que un historiador de Martín Lutero ha de pretender abordar.

No puede ignorarse el fundamento real que tienen unas tales aprensiones. Mas teniendo en cuenta las inevitables limitaciones que acompañan a toda obra humana y el margen de ulterior perfectibilidad que siempre dejan abierto las más geniales creaciones científicas, ha de reconocerse también que sobre Martín Lutero se han escrito obras de primera magnitud, tanto en el campo de la historiografía católica como de la protestante. Por lo que a la primera se refiere, baste recordar los nombres de tres autores que han dejado una huella definitiva en la literatura luterológica: Enrique S. Denifle y Hartmann Grisar, en los principios del siglo xx; José Lortz, en época más reciente. Pues bien, a estos nombres hay que añadir desde ahora, con pleno derecho, el de Ricardo García-Villoslada.

El autor de *Martín Lutero* ha escrito sobre este personaje dos gruesos volúmenes de apretada letra, que suman cerca de mil doscientas páginas de un texto enriquecido por varios miles de notas. La obra viene así a ser el fruto bien sazonado de largos años de trabajo y de inteligente dedicación a un tema capital para la historia de la Iglesia y del mundo. García-Villoslada conoce a fondo y maneja diestramente una copiosa bibliografía; pero su estudio —y quizá sea ésa la mayor razón de su excepcional interés— se apoya de manera inmediata sobre las fuentes, de las que el autor hace una completa y minuciosísima exégesis. La imagen de Lutero se va de este modo perfilando sobre la base, ante todo, de su propio testimonio. El Reformador habla de sí y de su obra a través de sus tratados doctrinales, de sus libelos polémicos, de su epistolario, de sus “charlas de sobremesa”. Puede incluso decirse que los escritos de Lutero constituyen el hilo conductor de la biografía que le ha consagrado García-Villoslada. Pero —entiéndase bien— tan sólo el hilo conductor, un hilo que se combina y contrasta con un sin fin de datos y noticias procedentes de otras muchas fuentes.

Luego, sobre este ingente fundamento documental, el Autor reconstruye ágilmente la historia, con riguroso método científico y, a la vez, con seguro criterio católico.

Una importante consecuencia de la profunda revisión de las fuentes llevada a cabo por García-Villoslada es que la nueva biografía de Lutero aporta novedades considerables que viene a corregir o rectificar páginas bien notorias de la historia de la Reforma, que parecían escritas para siempre. Uno de los gestos, incluso, más representativos del origen del Protestantismo, y que no podía dejar de recoger ningún manual de Historia moderna —la fijación por Lutero de las 95 tesis sobre las indulgencias en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg, el 31 de octubre de 1517—, ese gesto habrá de ser puesto desde ahora en entredicho. En efecto, aquel acto revolucionario, que ha simbolizado durante siglos el comienzo de la Reforma, parece ser que no se dio. Lo demostración que hace García-Villoslada de su inexistencia tendrá sin duda un considerable efecto “desmitificador”.

La obra de García-Villoslada está escrita en castellano. Es un hecho significativo, que merece la pena resaltar, la publicación en lengua española de la edición original de esta biografía de Lutero, indudablemente destinada a ocupar un lugar destacado en la literatura universal sobre la Reforma. Conviene además añadir, porque es mérito grande del Autor, que la obra está primorosamente escrita y que, siendo como es un estudio netamente científico, el lector se deleita con la limpieza del estilo y se contagia del apasionado interés que García-Villoslada ha sabido infundirle. Martín Lutero, tal como debió realmente ser, con su violento instinto religioso y sus fobias obsesivas, con sus rasgos geniales y sus gravísimas deficiencias teológicas; Lutero, en fin, con sus tremendas y dramáticas contradicciones, resurge lleno de vida a través de las páginas de esta obra, como revive también la gran tragedia de la división de la Cristiandad, de la que el antiguo fraile agustino fue principal fautor y máximo protagonista.

*Martín Lutero* consta de dos partes, cada una de las cuales integra uno de los dos volúmenes en que se divide la obra. La primera, que lleva por subtítulo “El fraile hambriento de Dios”, comprende 17 capítulos y alcanza hasta la Dieta de Worms de 1521; la segunda, “En lucha contra Roma”, consta de 19 capítulos y abarca el cuarto de siglo que media entre 1521 y la muerte del Reformador en 1546. El primer volumen se inicia con la relación de siglas utilizadas y los elencos de fuentes y biblio-

grafía; el segundo se cierra con un índice alfabético de nombres y de cosas. La impresión de la obra es excelente y está pulcramente revisada.

JOSÉ ORLANDIS

SAN PÍO X, *Escritos Doctrinales*, Ediciones Palabra, Madrid 1973, 478 pp.

Se trata de una edición bilingüe, a cargo de Manuel Morera, de doce documentos doctrinales de San Pío X, con presentación de Carlos Escartín. Los escritos seleccionados son los siguientes: Enc. *E supremi apostolatus* (1903); Enc. *Ad diem illum laetissimum* (1904); Enc. *Iucunda sane* (1904); Enc. *Acerbo nimis* (1905); Decreto *Sacra Tridentina Synodus* (1905); Decreto *Lamentabili* (1907); Enc. *Pascendi dominici gregis* (1907); Exhortación *Haerent animo* (1908); Decreto *Quam singulari* (1910); Motu proprio *Sacrorum Antistitum* (1910); Motu proprio *Doctoris Angelici* (1914); y, por último, las XXIV tesis tomistas, que publicó en 1914, por mandato de San Pío X, la Sagrada Congregación de Estudios.

La presente edición no ha querido recoger toda la obra magisterial de San Pío X, que es vastísima, pues en sólo once años de Pontificado (1903-1914) escribió quince encíclicas o documentos mayores, algunos de importancia fuera de lo común, como la *Pascendi* (cfr. sobre su biografía: "Palabra", 96/97 (1973), monográfico). Por consiguiente, al seleccionar, han quedado al margen documentos muy destacados, algunos de tanto interés, como las Respuestas de la Comisión *de re biblica* (fundada por León XIII en 1902), que concretan los principios generales trazados por la Enc. *Providentissimus Deus* (1893); o como sus cartas, en las que orienta, previene o amonesta a obispos y superiores religiosos de todo el mundo (existe una edición española parcial, publicada en Barcelona 1954, por J. Flors), o las disposiciones particulares sobre diversos sacramentos.

Esta edición se abre con la Encíclica *E supremi apostolatus*, la primera de su Pontificado, en la que traza, a grandes rasgos, las líneas generales del plan que se propuso al subir a la Sede de Pedro: *Instaurare omnia in Christo!* (Ephes 1,10). ¡Hermoso programa..., para un apóstol de su talla!, podríamos decir, parafraseando *Camino* (n. 785). El panorama que contemplaba el Romano Pontífice desde su cátedra exigía restituir cuanto antes a Dios toda la gloria debida, porque el hombre había invadido